

La Revolución Industrial: orígenes del urbanismo moderno

Fernando N. Winfield Reyes¹

C iudad y territorio son reflejo de una dinámica social, económica, industrial y tecnológica. La industrialización ha sido uno de los procesos que han transformado profundamente a la sociedad. Desde finales del siglo XVIII, el desarrollo de la tecnología aplicada a la producción tuvo impactos formidables en el crecimiento urbano, en el incremento de la población, en el deterioro del medio ambiente y, en general, en todos los ámbitos de la vida.

Una vez consolidada la producción industrial, la difusión del modo de producción capitalista que ocurrió en algunos países de Europa durante la primera mitad del siglo XIX constituye una de las revoluciones tecnológicas más importantes. Como consecuencia de ello, el territorio comienza a ser modificado drásticamente con el desarrollo de los centros urbanos asociados a la instalación de industrias y a la construcción de infraestructuras de transporte y comunicación que, como redes en movimiento, articulan el territorio y el desplazamiento de recursos, bienes y mercancías. Tales modificaciones propiciarán la necesidad de contar con un perfil profesional denominado *urbanismo*, que procurará resolver los problemas de la ciudad y la región a través de la mejora de las condiciones existentes, el diagnóstico del sitio y la planificación de la ubicación de los usos del suelo.

No obstante que puede considerarse que los conocimientos urbanísticos se aplican con cierto retraso a los fenómenos sociales, territoriales y ambientales que se busca controlar incluso hoy día, resulta de interés conocer algunas de las experiencias urbanísticas que se aplicaron a los problemas de la ciudad indus-

trial buscando corregir los desequilibrios sociales y económicos asociados al crecimiento.

Los distintos intentos por corregir los problemas de la ciudad industrial pueden ubicarse en dos categorías: la de los "utopistas", que buscaron regenerar la ciudad industrial desde el principio de la creación de formas urbanas y de convivencia dictadas por la teoría, y la de los llamados "especialistas" o "técnicos", que dan origen a la aplicación de normas asociadas a garantizar la salud y los mínimos de bienestar en los barrios obreros.

En un intento por ubicar esta disciplina, Leonardo Benevolo apunta que "el urbanismo constituye una parte de la política, necesario para concretar todos los programas operativos [...] Para mejorar la distribución de la actividad humana en el territorio es preciso mejorar las



¹ Doctorado en Arquitectura y Urbanismo de la Facultad de Arquitectura de la Universidad Veracruzana, Lomas del Estadio s/n, Zona Universitaria, 91000 Xalapa, Ver., fax y tel. (228)842-27-54, correo electrónico: carpediem33mx@yahoo.com.mx.

relaciones económicas y sociales de las cuales depende dicha actividad; por lo demás, no basta con mejorar las relaciones económicas y sociales para que las espaciales queden automáticamente corregidas, pero la modificación de las relaciones espaciales es uno de los modos, inseparable de los demás, para lograr el equilibrio general que es el fin de la acción política".

Como resultado de los cambios en la organización del trabajo y las técnicas innovadoras en la producción, el aumento de población constituye la primera transformación decisiva. A la vez que aumenta, la población cambia también su distribución en el territorio europeo; el desarrollo de un nuevo sistema económico que se basa en la concentración del capital en las ciudades, como sucede en Inglaterra y, más tarde, en otros países.

Un ejemplo de estas transformaciones industriales que tiene un impacto a la escala urbana y territorial de las regiones es introducida por la aplicación de la máquina de vapor a la producción de hilados y tejidos a partir de 1769; la antigua organización dispersa de las pequeñas manufacturas y unidades de producción doméstica se concentra entonces en grandes fábricas localizadas en el curso de los ríos y, después, próximas a las minas de carbón para utilizar este recurso como fuerza motriz.

Desafortunadamente, la naciente sociedad industrial enfrentó enormes desigualdades. El proceso industrial hace que las naciones que antes habían basado su modo de vida y economía en el predominio y la ocupación del campo, pasen ahora a un acelerado crecimiento demográfico que obliga a una rápida urbanización del territorio, no siempre en condiciones adecuadas.

Las ciudades industriales ofrecieron a los empresarios disponer de una mano de obra siempre en reserva y sustituible, mientras que los trabajadores, no obstante ser explotados en





largas jornadas de trabajo, encontraron en las ciudades una variedad más amplia de elecciones y la posibilidad de integrarse sobre la base de intereses comunes.

En función de las redes de transporte y al movimiento comercial en expansión, las ciudades fueron adquiriendo una mayor importancia al concentrar los centros e instituciones para la toma de decisiones de la economía. En suma, el conjunto de estas transformaciones modificó no solo la distribución territorial de la población, sino también sus modos de vida, la utilización del suelo y la imagen del paisaje.

La creciente inmigración a las ciudades condució a que se tengan que multiplicar las posibilidades de alojamiento en los escasos espacios disponibles de los barrios antiguos. Y cuando estos son insuficientes, se crean extensas urbanizaciones en la periferia de la ciudad. El alojamiento en ambas situaciones podía variar poco, por lo que un rasgo común fueron las condiciones de hacinamiento e insalubridad predominantes. La imagen de la ciudad de este primer período industrial puede ser caracterizada por uno de los grabados de Gustavo Doré o la literatura realista de Charles Dickens, en los que resulta paradigmática la condición de marginalidad y pobreza que padecen amplios sectores sociales.

Las primeras experiencias urbanísticas intentaron poner orden espacial a los desequilibrios sociales, algunas basadas en la utopía social, otras en programas gubernamentales de reforma de barrios, y otras más financiadas por el capital privado interesado en la especulación del suelo. El derecho a la ciudad, a los satisfactores como el suelo en condiciones de regularidad, la vivienda digna, las infraestructuras y servicios del bienestar, los equipamientos colectivos y la dotación de espacios abiertos basados en una nueva idea de sociabilidad y comunidad, fueron algunos de sus logros más importantes. Así sea tardíamente, este tipo de urbanismo

sería uno de los productos del pensamiento del periodo de la Revolución Industrial.

Constituido en un instrumento para planear el crecimiento urbano y el aprovechamiento racionalizado de los recursos en el territorio, el urbanismo buscaría ser una técnica del servicio social.

Las distintas propuestas generadas alrededor de la primera mitad del siglo XIX, entre las que pueden señalarse el cooperativismo de Robert Owen en Inglaterra, la promoción de las decisiones influyentes en la política por parte de los seguidores de Saint Simon en Francia, la difusión de las ideas de Charles Fourier en Europa y América, el familisterio de Jean Baptiste Godin, o la tradición igualitaria promovida por el revolucionario Etienne Cabet, quien conoció a Owen, anticipan proyectos cuyas formas urbanas tratan de estructurar los nuevos modos de la convivencia social surgidos en la Revolución Industrial, los que posteriormente tendrían cierta afinidad con aquellos desarrollados por grandes arquitectos de la modernidad en el siglo XX, como Le Corbusier o Frank Lloyd Wright en Europa y Norteamérica, respectivamente, con el hilo conductor del propósito de organizar una vida cívica funcional que lograra satisfacer las exigencias de estos procesos.



Para el lector interesado

- Benevolo, L. (1992). *Orígenes del urbanismo moderno* (trad. Floreal Mazia). Madrid: Celeste Ediciones.
- Chueca G., F. (1985). *Breve historia del urbanismo*. Madrid: Alianza Editorial.